

CULTURA DE HISPANOAMÉRICA¹

Raimundo Lida

[Le agradecemos a la Dra. Miranda Lida el gentil envío de este texto. LA REDACCIÓN DE CIELONARANJA]

Alma tan compleja y flexible como la de Pedro Henríquez Ureña, enriquecida por años y años de reflexión apasionada, sabía también complacerse, y descollar, en deliberados ejercicios de sencillez. No es casualidad que, entre los cuentos que escribió, haya alguno —para niños— no inferior a los admirables de Martí. Gusto de narrar, con nitidez y simplicidad extremas, cosas finas y significativas, acumuladas con suelta pero muy sabia composición. Gusto del color vivo y del rasgo puro y hondo. Gusto de señalar y colocar en su sitio exacto cuanto hay de bello y de noble en el mundo, y de invitarnos a que lo vivamos por dentro y a que lo valoremos con justicia y verdad (había siempre mucha ética en la estética de don Pedro). Y todo ello con discreción, con gracia, sin hosquedades ni sermones de puritano.

También es alarde de sencillez y de elegante precisión esta *Historia de la cultura*¹ que manos filiales ponen hoy en las de cuantos estudian a América con intelecto de amor. A través de la información asombrosa de Henríquez Ureña, ¡cuánto vivir por dentro, y qué seguro y equilibrado valorar! La difícil ética que aquí traspasa y vivifica su arte es aquella que manda al historiador presentar lo cierto como cierto y lo probable como probable, y elogiar o disentir con proporción, y configurar los entusiasmos en jerarquía firme y ordenada. Por entre su obra de historiador, crítico y filólogo, bien claro se dibuja el camino en que Henríquez Ureña, riguroso maestro de sí mismo, acabó por dominar los secretos de la exposición diáfana y densa que, articulándose sobre temas cardinales, se derrama sin embargo por mil senderos de sabiduría y curiosidad. Ciencia minuciosa, organizada en claro panorama, eso era ya su estudio de 1905 sobre el modernismo en Cuba, como iban a serlo después sus acotaciones —con las de Urbina y Rangel— a un siglo de literatura mexicana, y su artículo de la *Revue Hispamque* (1917) sobre las letras de su patria, y sus *Seis ensayos* sobre las de Hispanoamérica y Angloamérica, y sus monografías sobre la Edad Media y el Renacimiento en España. La misma preocupación por lo americano y por sus raíces europeas e indígenas que apuntaba en los juveniles *Ensayos críticos* perdura, crece y se ahonda a través de toda la obra posterior de Henríquez Ureña, hasta madurar en sus magistrales libros del Instituto de Filología de Buenos Aires sobre la lengua y literatura de México, América Central y las Antillas. De esa estirpe es la presente *Historia*, aunque en ella aparece más clara todavía la voluntad de condensar un material vastísimo en exposición ceñida y tersa. Síntesis histórica que se da a los ojos del lector en amplios y luminosos frescos, pero que consiente también, y muchas veces exige, la enumeración escueta y la definición lapidaria, como en esos párrafos del capítulo VI en que cada uno de los grandes escritores de la

¹ Texto incluido en *Estudios Hispánicos*, México, 1988.

“organización y estabilidad” queda caracterizado con un par de trazos justísimos. No cabe imaginar en un libro mayor lucidez de arquitectura, reflejo inmediato de aquel orden viviente y armonioso con que en el espíritu de Henríquez Ureña se vertebraba su inmenso saber universal.

Porque precisamente la cultura en la América hispánica era el eje de ese saber. América concebida como un solo pueblo, de historia y geografía relativamente unitarias, aunque lleno de matices y relumbres individuales. Una América en que con tanta “naturalidad” entra el Brasil como las tribus y estados precolombinos, y en cuya asimilación a la cultura de occidente vemos a españoles y portugueses trabajando a la par, y utilizando a la par materiales europeos e indígenas. Y cuando Henríquez Ureña ha conseguido que sintamos toda nuestra América como una patria única, asistimos deslumbrados a lo que esa patria ha dado al mundo. Vemos desfilar artistas, sabios, empresas colectivas de cultura, luchas por la dignidad del hombre, que hacen del conjunto de estos pueblos una laboriosa y estudiosa república, no demasiado indócil, si bien se mira, a sus egregias minorías dirigentes: a esos próceres de la independencia guiados por cuidadosas lecturas, observaciones y meditaciones; a esos estadistas amigos de las ciencias y de las letras y, muchas veces, escritores ilustres ellos mismos. Muy significativa es al respecto la espontánea popularidad que en la América hispánica suele acompañar a los poetas —por más que ellos tiendan, como es natural, a mostrarse quejosos de su aislamiento—: Henríquez Ureña lo ha ilustrado en sus conferencias de Harvard con ejemplos bien elocuentes.

No un afán de estilización tendenciosa, sino el de concentrar en apretado resumen la historia cultural de esa patria hispanoamericana, lleva al autor a reunir en haces compactos los artistas sobresalientes de cada época. Así vienen a nuestro encuentro —fulgurante constelación en torno a Rubén Darío— los nombres de González Prada y Díaz Mirón, Martí y Julián del Casal, Gutiérrez Nájera y Silva, Lugones y Valencia y tantos poetas menores. Así los prosistas de la época anterior: Montalvo, Sierra, Isaacs, Palma, Hostos, Varona. Así, en los párrafos finales del libro, la moderna pléyade de pintores hispanoamericanos, varios de los cuales “figuran entre los grandes del mundo contemporáneo”. ¡Si hasta asombra el solo recuento de lo que los indios prehispánicos alcanzaron en el dominio de las artes, en el de las ciencias (“conocimientos astronómicos extensos y precisos, no superados en Europa antes del siglo XVI, y avanzados métodos matemáticos: a comienzos de la era cristiana, antes que los hindúes, inventaron el cero y el principio de posición, que facilita los cálculos aritméticos”), y en su organización económica, y en sus normas de convivencia! No necesita el historiador prodigar el elogio expreso; le basta con señalar los rasgos principales de las tres grandes culturas indígenas. Y Henríquez Ureña lo hace en un tono que no pocas veces viene a unirse gustosamente —sin malicia, pero sin candor— con el de aquellos hombres del Renacimiento a quienes tanto maravillaban las virtudes civiles cultivadas por el buen americano “sous la douce liberté des premieres lois de nature”.

Pues a cada paso este libro nos dice, sin decirlo, que los hombres y cosas admirables de nuestros países siguen siéndolo aun cuando, en vez de verlos con orgullo de compatriota, se estudien y analicen con ojos de espectador extraño. No deben su grandeza a la pequeñez ambiente: valen confrontados con la cultura

de toda América, y con la del mundo entero. Pedro Figari es “uno de los mayores artistas de las Américas”; José Martí y Rubén Darío dejan huella definitiva en la lengua literaria española; Sor Juana es “el último de los grandes poetas” de sus Siglos de Oro; el autor de *Facundo*, el de los *Motivos de Troteo*, el de *Dom Casmurro*, el de *Barranca abajo* brillarían en cualquier literatura. Por lo demás, si Hispanoamérica recibe de Europa, sabe luego pagar generosamente la deuda, y dar un Alarcón al teatro de la España clásica, y un Heredia, un Laforgue, un Lautréamont, un Supervielle a la lírica de la Francia moderna, y un Chassériau a su pintura, y un Reynaldo Hahn a su música. (Es lástima que Henríquez Ureña no se haya referido aquí a uno de sus temas predilectos de conversación: el influjo de ciertas personales experiencias americanas en la obra de grandes artistas europeos.) No es jactancia de hispanoamericano lo que dicta el elogio. Ilustres jueces de fuera se han pronunciado también, y Henríquez Ureña se complace más de una vez en recordar esos fallos consagratorios. Es el experto norteamericano Jewell quien admira la arquitectura brasileña por su feliz acuerdo de lógica y fantasía. Es un Ezra Stiles, presidente de Yale, y un John Adams, presidente de los Estados Unidos, quienes se pasman ante el saber y el alto y ardiente sentir de Francisco de Miranda. Es el español Menéndez y Pelayo el que juzga la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* como “obra, en su línea, de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna”. Es un Alexander von Humboldt quien da fe de que Europa no poseía en su tiempo biblioteca de botánica mejor que la de la escuela de Mutis. Hispanoamérica, precursora. Andrés Bello se adelanta a Emerson en proclamar la independencia intelectual del continente, como se adelantará América a España en el cultivo de la poesía romántica y en el de la novela realista y en las innovaciones del modernismo (aun las de la prosa, en que Gutiérrez Nájera anticipa a Azorín). Y el colmo de la *precursión*: los incas llevan la estadística demográfica “a un grado de precisión que hoy mismo no existe, como práctica oficial, en ningún país civilizado”.

Para juzgar las calidades de la cultura hispanoamericana, acúdase sin miedo, pues, a escala universal. Recuérdese, por otra parte, que Hispanoamérica es, sí, muy americana y muy hispánica, pero que sus mejores hijos se han señalado por su vocación de universalidad. A Darío se le echó en cara su amor a lo exótico, sin ver, replica Henríquez Ureña, que no era sino “deseo, muy de nuestra América, de probar todos los frutos de la cultura”. Con inequívoca complacencia evoca este libro la imagen de tan completo humanista como Bello, estudioso de Horacio y de Boiardo, de Víctor Hugo, de los *Nibelungos* y de Plauto. Humanismo cabal y amplísimo, como el del propio Henríquez Ureña.

De los grandes maestros de la cultura hispanoamericana tiene él también —como quien ha trabajado infatigablemente, y desde dentro, por hacerla más vasta, más honda y digna— el sentido crítico: bien sabemos que su culto de lo americano no excluía dolorosas reservas y alarmas. No el optimismo dormido, no un fácil entusiasmo de fiesta patriótica vienen a desdibujar en este libro el rostro de la verdad. Porque no todo es avance en la historia de nuestra cultura, y estas páginas traen también más de una rápida pero terminante mención de la quiebra de instituciones o actividades intelectuales antes florecientes. ¿Recordaba el lector que, en tiempos de Humboldt, “ninguna ciudad del Nuevo Mundo, sin exceptuar las de los Estados Unidos, poseía establecimientos científicos tan grandes y sólidos como los de la capital mexicana” (que era entonces, por otra parte, la

ciudad más poblada de las Américas)? La vida política de tal o cual país retrocede o se estanca en el siglo XX; en tales o cuales ciudades, la labor de impresores y editores, o las sociedades literarias, sufren largos períodos de decaimiento y vuelven a florecer aquí y allí. Ni nos llamen a engaño las apariencias de legalidad y corrección con que se encubren, hoy como ayer, muchas profundas miserias. Discurre el autor sobre la liberación de las razas oprimidas de Hispanoamérica a lo largo del siglo XIX, y comenta: “De ahí en adelante el indio y el negro...” Esperaríamos ahora *unhappy ending* de libertad, igualdad y fraternidad. Pero el autor concluye: “...el indio y el negro fueron explotados como los pobres del mundo entero”. Esta *Historia* incita a cada paso a distinguir entre la ley y la simulación de la ley, entre la forma —a menudo francesa o inglesa— de las instituciones políticas y jurídicas, y su efectivo funcionamiento. Claro que no todo es patética denuncia de la ficción y la mala fe, y que el ver las cosas por sus muchas caras y en su complejo relieve y movimiento sirve para disipar la injusticia de las impresiones simplistas y parciales. El pueblo del sanguinario Huitzilopochtli era también el de Quetzalcóatl. Y era pueblo politeísta, “*pero* una escuela filosófica, ya antigua, reducía la multitud de los dioses a uno solo”. Y era un pueblo sometido a organización imperial, *pero* democrática. Democrática, *pero* con clases sociales privilegiadas... ¡Ese incesante y socrático *pero*, con que el historiador desteje y vuelve a tejer los datos para ceñir con más precisión la figura exacta de la realidad!

Exacta y compleja. Si la literatura recibe aquí, ciertamente, muy especial atención, es la literatura con toda su densidad y sus más diversas formas marginales, y ligada a la existencia concreta de los escritores, a la de las revistas y periódicos, a la de los salones, a la del público lector (y espectador y oyente, pues con la literatura van el teatro y la canción, y a su lado la música, la danza y las artes plásticas). Todo en su nutrido contexto de cultura y civilización, donde entran, no sólo la religión y la filosofía, la ciencia y la enseñanza, sino las industrias útiles, la vivienda, los métodos de cultivo, la domesticación de animales, los sistemas de alimentación: mil aspectos del vivir cotidiano en cuyas transformaciones se reflejan las del variado encuentro de los pueblos de América, y sus conflictos y armonías. Todo situado y estimado en relación con el mundo entero. Todo unido por muchos hilos simultáneos con la historia íntegra del hombre, en que cada episodio resulta así muy antiguo y muy moderno, muy extraño y muy familiar. No necesita insistir en ello Henríquez Ureña, maestro en el arte de decir las cosas más importantes como al desgaire o entre paréntesis: deliciosos paréntesis, que hacen vislumbrar quién sabe cuánta ahincada lectura e inquisición sobre las materias más dispares; deliciosas observaciones incidentales, a veces poéticas, a veces simplemente pintorescas, y siempre —como de tan grande y cordial conversador— agudas y reveladoras, intencionadas y personales. Que en el mercado de Tenochtitlan los indios vendían por número y medida, pero no, como en el Perú, por peso; que en la Escuela de Minería de México enseñaban, hace siglo y medio, “los españoles Fausto de Elhúyar, descubridor del tungsteno, y Andrés del Río, descubridor del vanadio”; que París ostenta en arco triunfal el nombre del venezolano Miranda, general de los ejércitos franceses de la Revolución; que *El Guaraní*, del brasileño Gomes, “es buena partitura a la manera de Verdi en su época de transición, la época de *Aída*”; que hacia 1750 la orquesta sinfónica de Caracas...

Riqueza increíble, pero perfecta claridad. Sutileza y vigor. Así venía todo a enlazarse prodigiosamente en el espíritu de Henríquez Ureña, no con la monótona pasividad con que las noticias se depositan en ciertos cerebros — curiosos pero inertes— como en archivos incapaces de tasar, escoger y construir, sino ordenándose activamente y siguiendo simultáneas melodías concordes, en una música mental siempre alerta, donde cada nueva observación hacía brotar nuevas resonancias y subterráneas comunicaciones. En pocos trabajos suyos se nos muestra Henríquez Ureña tan plenamente como en este libro póstumo, páginas ganadas a la muerte desde las cuales se nos habla, se nos guía, se alude a nuestros íntimos afanes y curiosidades como sabía hacerlo él, “interlocutor ideal de cada interlocutor”. Alegra el ánimo recorrerlas en este volumen del Fondo de Cultura, con sus bellas y elocuentes ilustraciones, con sus índices, con su selecta bibliografía sistemática —completada por los editores— que de veras ayuda e incita al lector. Bienvenido este libro luminoso con que nos introduce y exhorta a la devoción de lo mejor de nuestra América uno de sus hijos más preclaros.

Raimundo Lida (1908-1979), judío-austríaco de nacimiento, argentino por adopción, filólogo, filósofo del lenguaje, crítico literari, especialista en filología románica, la literatura de los siglos de oro y en el modernismo literario. Fue cercano colaborador de Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso en el Instituto de Filología. Entre sus obras, caben mencionarse:

- *Introducción a la estilística romance*, Buenos Aires, 1932.
- *El concepto lingüístico del impresionismo*, Buenos Aires, 1936.
- *Belleza, arte y poesía en la estética de Santayana*, Tucumán, 1943.
- *Letras hispánicas*, México, 1958.
- *Condición del poeta*, Lima, 1961.
- *Prosas de Quevedo*, Barcelona, 1980.
- *Rubén Darío. Modernismo*, Caracas, 1984.